

Cuentos Antárticos

y algo mas



CENTRO INTERNACIONAL CABO DE HORNO



Cuentos antárticos y algo más



*Para los niños y niñas que sueñan con descubrir el
continente blanco*





Índice

Agradecimientos	3
Introducción: Una carta del fin del mundo	5
El Gran Viaje de Papá a la Antártica	09
Pipo y la Estrella del Sur	29
Estela y los Secretos del Hielo	45
Ramón y el Buque del Sur	63
El Abrazo que Cruzó el Mar	85
Epílogo: El abrazo final	99



Agradecimientos

Todo cuento nace del calor de muchas manos, y este libro, como el hielo que guarda la memoria del mundo, se formó capa sobre capa, gracias a quienes soñaron junto a nosotros el Continente Blanco.

Agradecemos los comentarios y sugerencias de la Coalición de Jóvenes Antárticos, voces nuevas que miran al sur con asombro: Fabián Jiménez, Gonzalo Mansilla, Yanara Morgunovsky, Paulina Sandoval, María Francisca Pérez y Constanza Barrientos. Que su entusiasmo siga siendo brújula.

A quienes pusieron saber y arte en estas páginas: al Doctor Mauricio Jara y al Magíster Felipe Vergara "Davo Aragrev", cuyas acuarelas dieron color y aliento a algunos pasajes de estos cuentos, ambos de la Carrera de Pedagogía en Historia y Geografía de la Universidad de Playa Ancha. A la Doctora Consuelo León, de la Fundación Valle Hermoso y el Centro de Estudios Hemisféricos y Polares, por iluminar el camino con su conocimiento.

A los alumnos de Segundo medio B del Liceo Bicentenario "James Mundell" de Cholchol de la Región de La Araucanía, quienes fueron guiados por el Profesor de lengua castellana y Magíster en Educación Miguel Ángel Pincheira Mellado, en la revisión y adaptación de estos relatos: gracias por tender un puente hacia las nuevas generaciones, recordándonos para quién late este libro. Y al equipo de Comunicaciones y Educación del Instituto Antártico Chileno, por su generosa colaboración.

El programa "Embajadores Antárticos", de la Fundación "Huellas Magallánicas", agradece a todos quienes fueron parte de esta travesía: con ideas, fuerza y empuje. De manera especial, al historiador

Francisco Sánchez Urra y a la periodista científica María Pastora Sandoval Campos, autores de estos cuentos, hoy entregados con cariño a la comunidad.

De igual manera agradecemos al Centro Internacional Cabo de Hornos, por inspirarnos en este silencioso trabajo desde “Albatroslandia” en Puerto Williams, al igual que a la Municipalidad de Cabo de Hornos cuyo Alcalde Patricio Fernández nos alentó a concluir este libro.

Centro Internacional Cabo de Hornos, Universidad de Magallanes, Puerto Williams, Chile.

Centro Internacional Cabo de Hornos para Estudios de Cambio Global y Conservación Biocultural, Universidad de Magallanes, Puerto Williams, Chile.

Código Proyecto: ANID BASAL FB210018

Y desde el otro extremo del mundo, un agradecimiento entrañable a Ana María de Vos Sánchez y Clive de Vos, quienes desde Nueva Zelandia revisaron esta obra en inglés, tendiendo un hilo invisible que une los océanos y lleva nuestras historias más allá de toda frontera.

De igual manera al apoyo de Antarctic Base, Agua Nozomu e Isoterma Zero, empresas que nos han apoyado en la materialización de esta obra.

Y especialmente a todos ustedes, gracias. Porque cada palabra de este libro lleva, escondida, una huella suya.

Registro de Propiedad Intelectual 2026-P-11756
ISBN 978-956-03-0482-7

INTRODUCCIÓN

Una carta del fin del mundo

*Para los pequeños y grandes que se asoman a estas
páginas*

Querido niño, querida niña que abres este libro:

Antes de que des vuelta a la próxima página, quiero
contarte un secreto.

Allá lejos, muy lejos, donde el mapa de Chile se hace más
delgadito y termina pareciendo un dedito que apunta
hacia abajo, no termina nuestro país. Sigue. Sigue
cruzando un mar bravísimo, sigue entre olas que parecen
montañas, sigue entre témpanos que flotan como
castillos de cristal, sigue hasta llegar a un lugar donde la
nieve no se derrite nunca y el silencio es tan grande que
se puede oír.

A ese lugar lo llamamos el continente blanco.

Y una parte de él, una parte que cabe entera en nuestros
corazones chilenos, se llama Territorio Chileno
Antártico. No es un cuento. No es un juego. Es de
verdad. Y es nuestro.

Hace mucho, mucho tiempo, antes de que tú nacieras,
antes de que nacieran tus papás, antes de que nacieran

tus abuelos, hubo hombres y mujeres muy valientes que se atrevieron a navegar hasta allá. Iban en barcos de madera, con velas blancas, con corazones grandes y manos congeladas. Algunos iban a explorar. Otros iban a rescatar. Otros iban a cuidar. Y entre todos, sin querer, fueron escribiendo una historia tan hermosa que todavía hoy se cuenta en susurros, frente a la chimenea, en las casas del sur.

En este libro vas a conocer a algunos de ellos.

Vas a conocer al Piloto Luis Pardo Villalón, un marino chileno que hace más de cien años hizo lo que el mundo entero decía que era imposible: rescató a veintidós exploradores atrapados en el hielo, en una islita solita, con una escampavía pequeñita llamada Yelcho. Cuando le preguntaron cómo lo había logrado, sonrió tímido y dijo que solo había hecho su deber. Pero los marinos chilenos, desde ese día, repiten una frase que parece un juramento: «*Un marino de la Armada de Chile no se rinde*».

Vas a conocer también al Dragón de Valparaíso, que no era un dragón con escamas y fuego, sino un velero de madera que se atrevió a llegar hasta una isla con forma de herradura llamada Decepción. Vas a conocer al presidente Pedro Aguirre Cerda, que un 6 de noviembre de 1940 firmó un papel que cambió la historia: ese día, Chile dijo en voz alta que el continente blanco también era su casa. Vas a conocer al profesor Julio Escudero, un abogado que con palabras y leyes

—no con espadas— defendió que un pedacito de la Antártica fuera nuestro para siempre.

Y vas a conocer a otros: a científicos del INACH que viajan cada verano a estudiar el hielo, a marinos que cruzan el bravísimo paso Drake, a soldados y marinos que viven un año entero lejos de sus hijos, a glaciólogos que escuchan los secretos atrapados en burbujitas de aire de hace miles de años. Todos ellos están ahí, ahora mismo, mientras tú lees este libro, cuidando ese rincón blanco del mundo.

Pero también vas a conocer a alguien más.

Vas a conocer a Pipo, un pingüino curioso que hace preguntas todo el día. A Agustina, una foca leopardo de corazón gigante. A Florencia, a Estela, a Pablo y Gustavo, a Ramón: niños y niñas como tú, que también un día se preguntaron qué había allá al sur, donde el mar se hace hielo. Ellos te van a tomar de la mano. Ellos te van a contar, en sus propias palabras, lo que aprendieron de sus papás, de sus abuelos, de los marinos, de los pingüinos sabios y de las focas exploradoras.

Yo te voy a pedir solo una cosa antes de que sigas leyendo:

Léelo despacio. No tengas apuro. Cierra los ojos a veces e imagínate ahí, con la nieve crujiendo bajo los pies, con el viento helado pegándote en la cara, con un pingüino mirándote curioso desde una roca.

Porque hay personas que dicen —y es verdad— que cuando uno conoce la Antártica, aunque sea solo en un cuento, algo le pasa al corazón. Es como si una estrellita azul se quedara prendida adentro, latiendo. A esa sensación los exploradores la llaman *emoción antártica*.

Y yo te aseguro, pequeño lector, pequeña lectora, que al terminar este libro, tú también la vas a sentir.

Así la proa, pequeño explorador.

Así la proa, pequeña curiosa.

Vamos a la Antártica juntos.

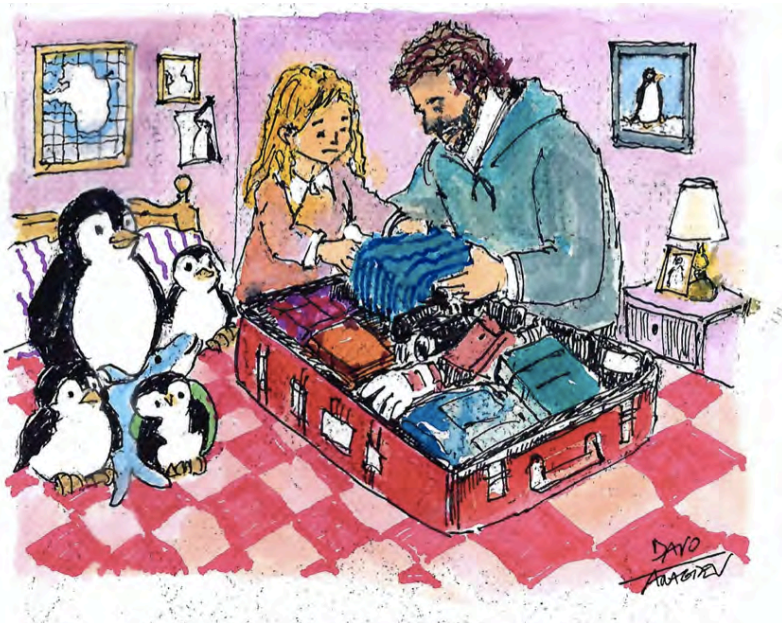




El Gran Viaje de Papá a la Antártica

Un cuento para Florencia

*Un viaje al Territorio Chileno Antártico
y a la Base Profesor Julio Escudero*





Capítulo 1



La llamada que cambió el desayuno

Florencia tenía siete años, pelo largo que le bailaba cuando corría y una colección de pingüinos de peluche que le regalaba su papá cada vez que volvía de un viaje. Vivía con él en una casa de madera en Punta Arenas, una ciudad donde el viento sopla tan fuerte que a veces parece que las nubes corren más rápido que los autos.

Su papá era historiador antártico. Eso significaba que se pasaba horas leyendo libros viejísimos, mirando mapas con nombres extraños y escribiendo en su computador sobre exploradores que, hace mucho tiempo, navegaron hasta el continente más frío del planeta.

—Papá, ¿la Antártica es de verdad? —le preguntaba Florencia algunas noches, mientras él la arropaba.

—Es tan de verdad como tú y como yo, mi hijita —le respondía él, sonriendo—. Y un día te voy a contar todas sus historias.

Una mañana de febrero, mientras desayunaban tostadas con mermelada de calafate, sonó el teléfono. Su papá contestó. Florencia lo vio abrir mucho los ojos, llevarse una mano al pecho y decir: «¿En serio? ¿De verdad? ¡Por supuesto que sí!».

Cuando colgó, la tomó de las manos y le dijo:

—Florencia, me invitaron al aniversario de la Base Profesor Julio Escudero. ¡Voy a ir a la Antártica!

Florencia abrió la boca, pero no le salieron palabras. Solo abrazó a su papá muy fuerte, con esa fuerza especial que tienen los abrazos de las hijas que están orgullosas.

—¿Y vas a volver? —preguntó después, con un poquito de susto.

—Voy a volver con tantas historias que no nos van a alcanzar las noches para contarlas —le prometió él.



Capítulo 2

Las maletas y la bufanda azul

Los días siguientes fueron una mezcla de emoción y preparativos. Su papá guardó una parka gruesa, guantes especiales, cuadernos para tomar notas, una cámara de fotos y, por supuesto, la bufanda de lana azul que Florencia le había regalado para su cumpleaños.

—Para que no pases frío allá, donde nieva siempre —le dijo ella, ayudándolo a doblarla.

La noche antes del viaje, papá se sentó en la orilla de la cama de Florencia.

—Mañana me levanto de madrugada, mi hijita. El avión sale tempranito, todavía con estrellas en el cielo.

—¿Y en qué te vas?

—En un avión de DAP, una aerolínea de Punta Arenas que vuela hasta la Antártica. Voy a viajar con científicos del INACH, que es el Instituto Antártico Chileno. Son personas que estudian los pingüinos, las algas, el hielo, el clima... todo. También van funcionarios del Ejército y periodistas que van a contar lo que pase allá.

—¿Y tú qué vas a hacer, papá?

—Yo voy a contar la historia. La historia de cómo llegamos a la Antártica, de quiénes fueron los primeros, de por qué la base se llama Profesor Julio Escudero.

Florencia se quedó pensando.

—¿Y quién era ese señor?

Su papá sonrió.

—Cuando vuelva, te lo cuento todo. Te lo prometo.

Y entonces, papá se fue al día siguiente, antes de que saliera el sol.



❄️ Capítulo 3 ❄️

La larga espera

Florencia se quedó en casa con su abuela, que cocinaba y le contaba historias de cuando era niña. Pero Florencia no podía dejar de pensar en su papá. Cada momento que podía miraba el mapa que él le había dejado en la pared, con un dibujito de un avión que decía «Papá está aquí» y un corazón rojo en la Antártica.

—Abuela, ¿crees que ya llegó? —preguntaba.

—Seguro que sí, mi amor. Y seguro que está mirando un pingüino justo ahora.

Florencia contaba las horas con los dedos. Uno, dos, tres... abrazaba a su pingüino de peluche más grande, el que tenía un parche azul en la pancita, y pensaba en icebergs flotando como castillos de cristal.

Su abuela le enseñó a hacer galletas con forma de pingüino. Le pintaba los ojitos con chispas de chocolate. «Para cuando vuelva tu papá», le decía. Y guardaban las galletas en una lata, esperando.

Pasaron las horas... a Florencia le parecieron días.



❄️ Capítulo 4 ❄️



El abrazo más frío y más cálido del mundo

Hasta que en la tarde, escuchó la puerta abrirse. Soltó el lápiz con el que estaba dibujando, salió corriendo por el pasillo y vio a su papá ahí, parado, con la nariz roja, los ojos brillantes y la bufanda azul aún puesta.

—¡PAPÁ!

Él se agachó y la abrazó tan fuerte, tan fuerte, que Florencia sintió que el frío de la Antártica todavía estaba

metido en su parka. Y vio que su papá tenía los ojos llorosos. No de tristeza. De emoción.

—Florencia, mi hijita... no fue solo un viaje. Fue una aventura.

❄️ Capítulo 5 ❄️

Un día entero entre el cielo y el hielo



Esa noche, después de cenar, papá la sentó en sus piernas frente a la chimenea y empezó a contarle.

—Salimos de Punta Arenas de madrugada, mi hijita. Estaba todo oscuro todavía, hacía mucho frío y se veían las estrellas. En el aeropuerto nos esperaba el

avión de DAP, esa aerolínea de aquí mismo, de Magallanes, que sabe volar hasta el fin del mundo.

—¿Y volaste mucho rato?

—Volamos durante un par de horas sobre el mar. Yo miraba por la ventanilla y solo veía agua, nubes, y más agua. Mi corazón latía como un tambor. Hasta que de pronto, por la ventanilla, apareció algo blanco. Pero no era una nube, Florencia. Era hielo. Hielo hasta donde alcanzaban los ojos.

Florencia abrió mucho los ojos.

—¿Y qué pasó cuando bajaste?

—Cuando bajé del avión, el aire era tan frío que parecía que me cortaba la cara. Pero también era el aire más limpio que he respirado en toda mi vida. Olía a mar, a roca, a algo antiguo, como si el planeta entero respirara conmigo. Y cuando llegué a la base fue muy emocionante.

—¿Y cómo era la base, papá?

—La Base Profesor Julio Escudero es como una casa grande de color azul y blanco, plantada en bahía Fildes, isla Rey Jorge. Tiene laboratorios, dormitorios, una cocina donde se juntan todos a tomar once, y ventanas desde donde se ve el paisaje.

—¿Y había mucha gente?

—Muchísima. Y de muchos lugares.



❄️ Capítulo 6 ❄️

Los héroes silenciosos de la base

—¿Sabes qué fue lo primero que aprendí cuando llegué, mi hijita?

—¿Qué, papá?

—Que en la Antártica, los científicos no estarían ahí si no fuera por otras personas muy importantes: los que hacen la logística del INACH.

Florencia frunció el ceño.

—¿Y qué es la logística?

—La logística son todas las cosas que hay que hacer para que algo funcione. Por ejemplo: cargar las cajas con los equipos científicos, preparar la comida, mantener encendidos los motores que dan electricidad, arreglar los techos cuando hay tormenta, conducir las lanchas que llevan a los científicos hasta donde están los pingüinos, hacer funcionar las radios para hablar con Chile, recibir los aviones, ordenar las bodegas...

—¡Cuántas cosas!

—Muchísimas. Y todas son fundamentales. Sin esas personas, los científicos no podrían hacer ciencia.

Imagínate: si nadie prende los generadores, no hay luz en los laboratorios. Si nadie cocina, nadie come. Si nadie maneja las lanchas, los biólogos no llegan al mar a estudiar las algas.

—Entonces son como los superhéroes de la base.

—Exactamente, mi hijita. Son los superhéroes silenciosos. Conocí a uno que llevaba muchos años trabajando ahí. Me dijo: «Profesor, llevo más de veinte años ayudando a que la ciencia ocurra». Y yo le respondí: «Entonces usted también es un científico de la vida, porque sin usted nada de esto sería posible».

Florencia sonrió.

—Cuando hagas tu próximo libro, ¿vas a hablar de ellos también?

—Te prometo que sí.



Capítulo 7

Amigos del mundo entero

—Allí también conocí a personas de muchos países —siguió papá, mientras Florencia escuchaba con la boca abierta—. Había científicos rusos con gorros de piel, investigadoras coreanas que me mostraron

fotos de pingüinos emperador, un grupo de chinos que venían de una base conocida como «Gran Muralla» y que estudiaban diversos aspectos de la Antártica, y un equipo de alemanes que medían cuánto se está derritiendo el hielo. Todos hablaban distintos idiomas, pero todos sonreían igual. Porque la Antártica, Florencia, reúne a toda la humanidad. Es un lugar donde la gente va a hacer ciencia, no a pelear.

—¿Y comiste con ellos?

—Comía con ellos, reía con ellos, y aunque a veces no nos entendíamos con palabras, nos entendíamos con dibujos, con gestos, con miradas. Una científica checa me enseñó cómo se llamaba «pingüino» en su idioma, y un japonés me enseñó a hacer una reverencia.

Florencia se rió.



❄️ Capítulo 8 ❄️



La invitación al gran discurso

—Pero, mi hijita, la cosa más importante fue la ceremonia —dijo papá, poniéndose más serio—. El director del INACH me llamó aparte y me dijo: «Profesor, ¿podría usted darnos un discurso? Cuéntenos la historia de esta base, y de quién fue Julio Escudero».

Florencia se enderezó.

—¿Y tú qué hiciste?

—Yo, mi pequeña, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Pero pensé en ti, en todos los que querían que esta historia se contara bien. Y dije que sí.

—¿Y te puso nervioso?

—Mucho. Repasé mis notas mentales una y otra vez. Miraba por la ventana de la base, veía el paisaje, y pensaba: «Tengo que estar a la altura. Esta historia merece ser contada bien».



Capítulo 9

La sala llena de uniformes y chalecos polares

—En la ceremonia de aniversario, la sala estaba llena. Había marinos de la Armada con sus uniformes azules. Había soldados del Ejército con sus trajes rojos. Había hombres y mujeres de la Fuerza Aérea. Había personal de la Gobernación Marítima de la Antártica Chilena, que son quienes cuidan que todo esté en orden en esos mares lejanos. Había periodistas con sus libretas. Había científicos con sus chalecos polares. Y, por supuesto, estaba el equipo del INACH, ordenando todo, cuidando que la ceremonia saliera perfecta.

—¿Y había capitanes?

—Había dos capitanes muy importantes, sí. El comandante del ATF 60 «Lientur», que es un barco que navega entre los hielos para llevar suministros y resguardar la vida humana en el mar, y el comandante del OPV 83 «Marinero Fuentealba», que es un barco que patrulla y protege esos mares australes. Los dos estaban ahí, de pie, con sus gorras en la mano, listos para escuchar.

—¿Y todos estaban parados?

—Todos. Porque era una ceremonia importante, y estaba repleto de personas.

—¿Y no te dio miedo, papá?

—Mucho. Tenía las manos frías y el papel me temblaba. Pero entonces miré por la ventana, vi el paisaje antártico, y respiré hondo. Y comencé a hablar.



Capítulo 10

¿Quién fue Julio Escudero?

—Les conté que esta base lleva el nombre de Julio Escudero Guzmán, un abogado chileno que fue muy importante hace mucho tiempo. Don Julio fue uno de

los grandes defensores de que la Antártica fuera también de Chile. Ayudó a redactar leyes, escribió documentos, viajó, conversó con autoridades de muchos países, y luchó para que el Territorio Chileno Antártico tuviera su lugar en el mundo.

—¿Era valiente, papá?

—Era valiente con la cabeza y con el corazón, mi hijita. No usaba espada, usaba palabras. Y con esas palabras dejó escrito que un pedacito de la Antártica también es parte de Chile, así como Punta Arenas, así como nuestra casa.

—¿Y por eso le pusieron su nombre a la base?

—Por eso. Porque cuando uno hace algo importante por su país, su país no se olvida. Y cada vez que alguien dice «Base Profesor Julio Escudero», lo está recordando a él.



Capítulo 11

Los primeros que llegaron

—Después les conté cómo se construyó la base, cómo llegar hasta allá era todavía más difícil hace años. Les conté cómo los primeros chilenos que llegaron tenían que cargar todo a mano, cómo dormían con

frío, cómo escribían cartas a sus familias que tardaban meses en llegar.

—¿Tú habrías podido, papá?

—No lo sé, mi hijita. Pero sé que esos hombres y mujeres lo hicieron por nosotros. Para que hoy, tantos años después, los científicos puedan estudiar el cambio climático, los pingüinos puedan ser cuidados y los niños como tú puedan saber que tienen un pedacito de continente blanco.

Florencia sintió un cosquilleo en el pecho.

—Papá... ¿yo también soy parte de eso?

—Tú eres parte de eso, mi amor. Cada chileno y cada chilena lo es. Por eso es tan importante cuidar la Antártica. Porque es nuestra y, al mismo tiempo, es de todos.



Capítulo 12

Los aplausos y los pingüinos

—Cuando terminé de hablar, todos aplaudieron. El director del INACH me dio la mano, los marinos se mantuvieron firmes, y un periodista se me acercó y me dijo: «Profesor, eso fue hermoso». Yo solo sonreí, porque pensaba en ti.

Florencia tenía los ojos brillantes.

—¿Y después qué pasó?

—Después salimos todos afuera. El cielo estaba claro, porque en la Antártica, en esta época del año, el sol casi no se esconde. Caminamos por la bahía y vimos pingüinos a lo lejos. Te traje una foto.

Papá sacó de su bolsillo una foto donde se veían tres pingüinos pequeños y un señor, con la bufanda azul, sonriendo.

—¿Ese eres tú?

—Ese soy yo. Y esos tres pingüinos —dijo, señalándolos con el dedo— me recordaron a tres pingüinos de peluche que conozco.

Florencia se rió tan fuerte que casi se cae de las piernas de su papá.



Capítulo 13

La promesa

—Papá, ¿algún día yo también voy a ir?

Papá la miró con esos ojos que tienen los papás cuando saben algo importante.

—Algún día, mi hijita. Porque la Antártica te está esperando. Y mientras tanto, vamos a leer juntos, vamos a aprender de ella, vamos a cuidarla desde acá. Porque uno puede cuidar un lugar incluso cuando no está ahí. Solo hay que saber que existe, y quererlo.

Florencia se acurrucó contra el pecho de su papá. Olía a frío, a viento, a aventura.

—Papá...

—Dime.

—Cuando sea grande, yo también quiero contar historias.

—Entonces vas a ser una gran historiadora, mi pequeña.

Esa noche, antes de dormir, Florencia miró el mapa de la pared. Tomó un lápiz rojo y, al lado del corazón que decía «Papá está aquí», dibujó otro corazón más pequeñito.

Y escribió, con su mejor letra: «Florencia también».

Porque la Antártica, ahora lo sabía, era un poco suya.

Y porque las aventuras más grandes empiezan cuando alguien te cuenta una historia con los ojos llenos de emoción.



Epílogo

¿Sabías que...?

Datos reales sobre la Base Profesor Julio Escudero

La Base Profesor Julio Escudero es un lugar que existe de verdad, así como Florencia y su papá lo conocieron en este cuento. Fue inaugurada el 5 de febrero de 1995, gracias al apoyo del Gobierno Regional de Magallanes y de la Antártica Chilena, y desde entonces se ha convertido en la principal base científica de Chile en el continente blanco. Está ubicada en la isla Rey Jorge, en el archipiélago de las Shetland del Sur, muy cerca de la base «Presidente Eduardo Frei Montalva». Perteneció al Instituto Antártico Chileno (INACH), organismo del Ministerio de Relaciones Exteriores que coordina toda la ciencia chilena en la Antártica.

Cuando se inauguró, la base era pequeñita: tenía solo 95 metros cuadrados y podía recibir a ocho personas. Hoy, después de más de tres décadas de crecimiento, cuenta con más de 1.500 metros cuadrados construidos, laboratorios multidisciplinarios, acuarios y capacidad para albergar a más de 50 personas. Allí se desarrollan investigaciones sobre cambio climático, biología marina,

microbiología, oceanografía, glaciología, meteorología, paleontología y muchas otras áreas del conocimiento. Y, como aprendimos en este cuento, todo esto es posible gracias al trabajo conjunto de los científicos y, muy especialmente, del equipo de logística del INACH, que mantiene la base en funcionamiento durante todo el año.

Su nombre honra al profesor Julio Escudero Guzmán, un destacado jurista chileno que dedicó más de diez años de su vida a defender la presencia de Chile en la Antártica. Fue él quien redactó el decreto que fijó los límites del Territorio Chileno Antártico y, además, tuvo una participación clave en la elaboración del Tratado Antártico, el acuerdo internacional que establece que la Antártica es un territorio de paz y de ciencia para toda la humanidad. Por eso, cada vez que alguien dice «Base Profesor Julio Escudero», recuerda a un chileno que con palabras, leyes y mucha paciencia, ayudó a que nuestro país tuviera un lugar en el continente más frío del mundo.

Sigue contando historias, pequeña curiosa.

*Chile, al sur, llega hasta el continente
blanco.*



Pipo y la Estrella del Sur

Un cuento sobre Chile y su corazón blanco

*Para los niños y niñas que sueñan con
descubrir el mundo*

❄️ Capítulo 1 ❄️



El pingüino que hacía preguntas

En el lugar más al sur del mundo, donde el mar se vuelve hielo y el viento canta canciones antiguas, vivía un pingüino pequeñito llamado Pipo.

Pipo no era como los demás pingüinos. Mientras sus hermanos se lanzaban al agua a pescar, él se quedaba mirando el horizonte con sus ojitos brillantes, preguntando todo el tiempo:

—¿De dónde viene el viento, abuela? ¿Por qué la nieve es tan blanca? ¿Quién vive más allá del mar?

Su abuela, una pingüina sabia llamada Mamá Nieve, sonreía siempre con paciencia. Tenía las plumas un poquito grises y los ojos llenos de historias.

—Pipo, mi pequeño curioso —le dijo un día—, hoy te contaré una historia que mi abuela me contó a mí, y que su abuela le contó a ella. Es la historia de cómo unos hombres muy valientes llegaron hasta nuestro hogar blanco, y de un país largo y delgado que mira siempre hacia el sur.

Pipo abrió mucho los ojos. Se acomodó sobre el hielo, juntó sus aletitas, y se preparó para escuchar.



Capítulo 2

El país que mira al polo

—Hace muchísimo tiempo —comenzó Mamá Nieve—, mucho antes de que tú nacieras, mucho antes de que naciera mi abuela, existía un país llamado Chile.

—¿Chile? —preguntó Pipo—. ¡Suena como el ruido que hace el hielo cuando se rompe!

Mamá Nieve rió suavemente.

—Chile es un país muy especial, Pipo. Es largo y delgadito, como una cinta de colores. Tiene desiertos secos en el norte, montañas altísimas en el medio, bosques verdes y llenos de lluvia en el sur, y... ¿sabes qué tiene al final, en su puntita más austral?

—¡No sé! —dijo Pipo emocionado.

—¡A nosotros! —dijo Mamá Nieve—. La Antártica también es parte de Chile. Por eso dicen que Chile es un país antártico, porque su corazón llega hasta el polo sur.

Pipo miró a su alrededor: el hielo brillante, las montañas blancas, los icebergs que flotaban como castillos en el agua. ¿Todo eso era parte de un país llamado Chile? Le pareció algo mágico.

—Pero abuela, ¿cómo llegaron hasta aquí? Nosotros nadamos, pero los humanos no tienen aletas.

—Ay, pequeño mío. Llegaron como llegan los valientes: con barcos de madera, con corazones grandes, y con muchas, muchas ganas de descubrir.



Capítulo 3

El Dragón de Valparaíso



—El primer barco chileno que llegó a estas tierras blancas se llamaba el Dragón de Valparaíso —dijo Mamá Nieve con voz importante.

—¿Un dragón?! —Pipo casi se cae del susto—. ¿Un dragón vino aquí?

—No, tontito —rió Mamá Nieve—. Era un barco con ese nombre. Los hombres ponen nombres muy lindos a sus barcos. El Dragón de Valparaíso llegó hasta una isla llamada Decepción hace mucho tiempo. Era el primer barco mercante chileno que se atrevía a venir tan al sur.

Pipo se imaginó el barco con sus velas blancas como las suyas, abriéndose camino entre los icebergs, mientras las focas curiosas asomaban la cabeza para mirar.

—¿Y por qué venían?

—Algunos venían a pescar. Otros venían a explorar. Pero todos, todos sentían algo muy especial cuando veían por primera vez nuestras montañas de hielo. Decían que la Antártica les robaba el corazón.

—¿Como cuando yo veo a mamá? —preguntó Pipo.

—Algo así, mi cielo. Algo así.



Capítulo 4



El rescate imposible del Piloto Pardo

—Pero la historia más bonita, Pipo, la que me hace temblar las plumas cada vez que la cuento, es la del Piloto Luis Pardo Villalón.

—¿Quién era él, abuela?

—Era un marino chileno con un barquito pequeño llamado *Yelcho*. ¿Sabes lo que pasó? Hace muchísimo tiempo, en otra isla del sur, había unos exploradores ingleses atrapados. Su barco se había hundido por el hielo, y estaban muriéndose de frío y de hambre en una isla solita, lejos de todo.

Pipo se acurrucó más cerca de su abuela. Esa parte le daba un poquito de tristeza.

—Muchos países mandaron barcos a rescatarlos —siguió Mamá Nieve—. Pero nadie podía. El hielo era demasiado peligroso. Decían que era un rescate imposible.

—¿Imposible quiere decir que no se puede?

—Quiere decir que parece que no se puede. Pero entonces vino el Piloto Pardo. Su barquito *Yelcho* era pequeñito, no tenía calefacción ni cosas modernas.

Pero el Piloto Pardo tenía algo más fuerte que el hielo.

—¿Qué tenía?

—Tenía coraje. Y tenía esperanza. Y le dijo a su tripulación: «Vamos a buscarlos, muchachos. Nadie se queda atrás».

Pipo sintió que se le hinchaba el pechito. Se imaginó al Yelcho navegando entre las olas grandes y los témpanos, con el viento azotando, con los marineros chilenos abrigados con sus chaquetones, mirando al horizonte.

—¿Y qué pasó, abuela? ¿Qué pasó?

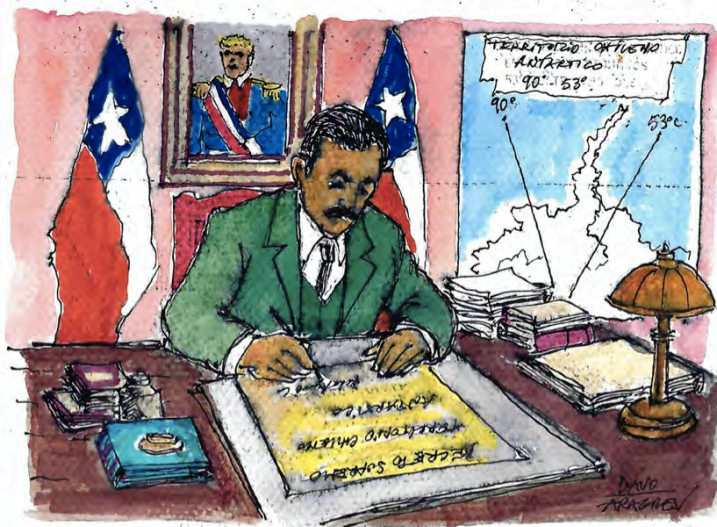
—Pasó algo mágico, Pipo. En el primer intento, ¡los encontraron! Los veintidós exploradores ingleses estaban vivos, hambrientos, helados, pero vivos. Cuando vieron al Yelcho aparecer entre la niebla, lloraron de alegría. Y el Piloto Pardo los llevó a todos a casa, sanos y salvos.

—¡Lo logró! ¡Lo logró el Piloto Pardo!

—Sí, mi pequeño. Y desde ese día, el mundo entero supo que los chilenos eran marinos valientes, y que la Antártica tenía amigos que la cuidaban.

❄️ Capítulo 5 ❄️

El día en que Chile dijo: «hasta aquí»



Mamá Nieve respiró profundo. Pipo notó que tenía los ojitos brillantes.

—Hubo un día muy importante, Pipo. Un día que tienes que recordar. Fue el 6 de noviembre de 1940.

—¿Qué pasó ese día?

—Ese día, el presidente de Chile, un señor bueno llamado Pedro Aguirre Cerda, firmó un papel muy importante. En ese papel decía algo así: «Esta tierra blanca, con sus montañas de hielo, sus pingüinos,

sus focas y sus ballenas, es parte de Chile. La cuidaremos. La estudiaremos. La amaremos».

—¿Solo firmó un papel?

—Pero ese papel cambió la historia, Pipo. Porque cuando un país pone su corazón en algo, lo cuida para siempre. Desde ese día, Chile dijo: «la Antártica es nuestra hermana, y vamos a estar a su lado».

Pipo miró las estrellas que empezaban a aparecer en el cielo, y le pareció que una de ellas brillaba más fuerte. Una estrella azul y blanca, como la bandera de Chile.



Capítulo 6

Las casitas en el hielo

—Pero abuela, ¿cómo viven aquí los humanos? ¡Hace mucho frío!

—Buena pregunta, mi curioso. Pocos años después, en 1947, llegaron unos barcos chilenos cargados de hombres trabajadores. Trajeron tablas, clavos, herramientas, y construyeron la primera casa chilena en la Antártica.

—¿Una casa? ¿Aquí?

—Una casa muy especial. La llamaron Base Capitán Arturo Prat. Estaba pintada con colores alegres para que se viera entre toda la nieve. Y al año siguiente construyeron otra, la Base Bernardo O'Higgins, en honor a un héroe muy importante de Chile.

Pipo había visto esas casitas. Eran rojas y amarillas, con chimeneas que sacaban humito al cielo. A veces los humanos salían con sus chaquetones gruesos a estudiar los témpanos, a mirar las estrellas, a contar pingüinos. Una vez incluso uno había sonreído a Pipo y le había tomado una foto.

—¡Ese día yo posé bonito! —dijo Pipo orgulloso—. Me paré derechito y todo.

—Lo sé, mi cielo. Eres un pingüino muy fotogénico.



Capítulo 7

Los amigos del mundo entero

—Abuela, ¿solo los chilenos vienen aquí?

—No, Pipo. Y esta es una de las cosas más bonitas que tienes que aprender. La Antártica es un lugar muy especial en el mundo entero. Aquí, los países

que a veces pelean en otros lugares, deciden ser amigos.

—¿Amigos de verdad?

—Amigos de verdad. Hace muchos años, en 1959, doce países se juntaron y firmaron algo que se llama el Tratado Antártico. ¿Sabes lo que dice?

—¿Qué dice?

—Dice que aquí, en este continente blanco, no puede haber guerras. Que solo se puede venir a estudiar, a aprender, a cuidar a los animalitos como nosotros, y a entender los secretos del hielo. Y Chile fue uno de los doce países que firmó. Uno de los fundadores.

Pipo pensó en los pingüinos de su colonia, que a veces se peleaban por un pescado. Y pensó que sería muy bonito si todos pudieran ser amigos como los humanos en la Antártica.

—Abuela, ¿por eso vienen tantos científicos?

—Por eso. Vienen a estudiar el clima, las ballenas, los glaciares, las estrellas. La Antártica es como un libro gigante de ciencia, y todos los países leen sus páginas juntos.



Capítulo 8



La emoción antártica

La noche había caído del todo. Las estrellas llenaban el cielo como semillas brillantes, y las auroras australes pintaban el aire de verde y violeta.

—Pipo, hay un señor sabio que se llamaba Óscar Pinochet de la Barra. Él escribió un libro y le puso un nombre muy lindo al último capítulo. Lo llamó «Emoción antártica».

—¿Qué es la emoción antártica?

—Es lo que sienten las personas cuando vienen aquí por primera vez. Es como cuando algo te toca el corazón tan fuerte que ya nunca más eres el mismo. Todos los que vienen a la Antártica se llevan un trocito de hielo en el alma. Y nunca, nunca lo olvidan.

Pipo se quedó callado. Pensó en su casa: en el cielo enorme, en las ballenas que pasaban cantando, en sus amigos los lobos marinos, en la nieve que crujía bajo sus patitas.

—Abuela...

—Dime, mi vida.

—Yo creo que también tengo emoción antártica. Pero al revés. Porque yo nací aquí, y siento que este lugar es lo más bonito del mundo.

Mamá Nieve abrazó a Pipo con su ala suave.

—Eso es porque tú también eres un pequeño embajador del continente blanco. Tu trabajo es cuidarlo, conocerlo, y contarle a los demás pingüinos lo importante que es.



Capítulo 9



La promesa de Pipo

Esa noche, Pipo no podía dormir. Salió de la cuevita de hielo y miró las estrellas. Una de ellas, la más brillante, parecía guiñarle el ojo.

Pensó en el Dragón de Valparaíso navegando hace doscientos años. Pensó en el Piloto Pardo y su pequeño Yelcho rompiendo el hielo para salvar a sus amigos. Pensó en el presidente Aguirre Cerda firmando aquel papel tan importante. Pensó en los científicos chilenos que cada año, cada verano, llegaban con sus instrumentos a estudiar el cielo y el mar.

Y entonces Pipo hizo una promesa, en voz bajita, para que solo las estrellas y el viento lo escucharan:

—Yo, Pipo, pingüino de la Antártica chilena, prometo cuidar este lugar tan hermoso. Prometo contarle a los humanos cuando los vea: «Gracias por venir con respeto. Gracias por estudiar sin destruir. Gracias por hacer de este lugar un sitio de paz».

Y le pareció que el viento le contestó, susurrando entre los témpanos: «Así la proa, Pipo. Así la proa, siempre hacia el sur».





Epílogo



Para ti, que estás leyendo

Querido niño, querida niña:

Lo que acabas de leer no es solo un cuento. Pipo es un pingüino imaginario, pero todo lo demás es verdad. El Dragón de Valparaíso existió. El Piloto Pardo salvó de verdad a veintidós exploradores. El presidente Aguirre Cerda firmó de verdad ese papel un 6 de noviembre de 1940. Y las bases chilenas siguen ahí, con sus paredes pintadas, recibiendo cada verano a científicos que estudian el continente blanco.

Chile es un país antártico. Eso significa que tú, aunque vivas en una ciudad llena de autos, o en un campo lleno de árboles, o cerca del mar, también eres dueño de una parte del lugar más blanco y más limpio del planeta.

La Antártica te necesita. Necesita que aprendas sobre ella. Necesita que la cuides. Necesita que crezcas y que algún día —quién sabe— viajes hasta el sur a verla con tus propios ojos.

Y cuando lo hagas, vas a entender lo que dijo aquel señor sabio: la emoción antártica te tocará el corazón, y nunca más serás el mismo.

Así la proa, pequeño explorador.

Chile, al sur, limita con el polo

Estela y los Secretos del Hielo

Las preguntas de una niña curiosa

Un cuento sobre los científicos chilenos

y los barcos del océano austral

❄️ Capítulo 1 ❄️

La maleta del papá



Estela tenía cinco años. Era chiquita, tenía dos colitas, y hacía preguntas todo el día.

Esa mañana, su papá estaba haciendo una maleta muy especial. Tenía botas grandes, un casco amarillo, anteojos oscuros, y un saco de dormir grueso como un osito.

—Papá, ¿a dónde vas?

—Me voy al Territorio Chileno Antártico a trabajar.

—¿Qué es el Territorio Chileno Antártico?

El papá se sentó en la cama. Estela se subió a su falda.

—Es el lugar más al sur del mundo, hijita. Una parte de Chile que está hecha de hielo. Hay montañas blancas, mar muy frío, pingüinos, focas y ballenas. Y nuestro presidente, hace muchos años, dijo que ese lugar es de Chile, y que tenemos que cuidarlo.

—¿Y tú qué haces allá?

—Yo soy glaciólogo, ¿te acuerdas? Estudio el hielo.

—¿Y para qué se estudia el hielo, papá? El hielo es... hielo.

El papá se rió suavemente. Le dio un beso en la nariz.

—Estela, el hielo guarda secretos. Y mi trabajo es escucharlos.





Capítulo 2



Los secretos del hielo

—¿Secretos? ¿Cómo?

—*Imagínate esto hijita. Una vez, hace mucho mucho tiempo, cayó nieve en el Territorio Chileno Antártico. Esa nieve se quedó ahí. Después cayó más nieve encima. Y más. Y más. Y todas esas capas se fueron apretando, hasta que se convirtieron en hielo.*

—*¿Como cuando aprieto la nieve para hacer una bola?*

—*Igualito. Pero pasaron miles de años. Y dentro de ese hielo quedaron atrapadas... ¿sabes qué?*

—*¿Qué?!*

—*Burbujitas de aire. Aire de hace miles de años. Aire que respiraron los dinosaurios, quizás.*

—*¿De los dinosaurios?!*

—*Bueno, no tan viejo. Pero muy, muy viejo. Y los glaciólogos sacamos un pedacito largo de hielo, como una vela larga, y lo estudiamos. Vemos las burbujitas. Y así sabemos cómo era el clima de la Tierra hace miles de años. Si hacía más calor, más frío, si llovía más, si había más viento.*

—*¡El hielo es como un libro!*

—Eso mismo, mi amor. Un libro hecho de hielo. Y nosotros lo leemos.



❄️ Capítulo 3 ❄️

Lo que hay que llevar

—¿Y por qué llevas tantas cosas, papá?

—Porque en el Territorio Chileno Antártico hace muchísimo frío. Imagínate la heladera de la cocina, pero gigante. Y con viento. Tengo que llevar ropa especial para no congelarme.

El papá le mostró cada cosa, una por una.

—Mira: estas botas son de doble suela, para que el frío no entre por los pies. Este casco amarillo es para

protegerme cuando estoy sobre el glaciar, por si se cae un pedazo de hielo. Estos anteojos negros son para que la nieve no me lastime los ojos, porque la nieve brilla tanto que duele mirarla.

—¿Y eso de palo largo?

—Eso es una pala. Y este es un coligüe, un palito de bambú chileno. Lo clavamos en la nieve para marcar el camino. Si cae nieve nueva, los coligües nos dicen por dónde ir.

—¿Y esa cuerda?

—Esa es importantísima, mi amor. En los glaciares hay grietas, que son como rajaduras en el hielo. A veces están tapadas con nieve y no se ven. Si uno cae, la cuerda nos sostiene a todos juntos. Por eso los glaciólogos siempre caminamos amarrados, en grupo.

—¡Como cuando vamos al supermercado y me das la mano!

—Tal cual. Es exactamente lo mismo, hijita. Para no perdernos.



❄️ Capítulo 4 ❄️

La pregunta a la mamá

Justo en ese momento entró la mamá a la pieza. Traía una taza de té y una sonrisa. Ella era oficial de la Armada de Chile, y también había navegado al Territorio Antártico muchas veces.

—¡Mamá! El papá me está contando del hielo. Pero ahora yo quiero saber otra cosa.

—Dime, mi amor.

—¿Cómo se va al Territorio Chileno Antártico? ¿En auto?

La mamá se rió y se sentó al otro lado de la cama.

—No, mi amor. No hay autos que lleguen allá. No hay calles. No hay puentes. Para llegar al Territorio Chileno Antártico hay que cruzar un océano que se llama océano austral.

—¿Y cómo se cruza?

—En barco, mi vida. En unos barcos especiales, muy fuertes, que se llaman buques antárticos. La Armada de Chile tiene varios. Yo navegué en uno que se llama

Aquiles, y antes hubo otros muy famosos como el Piloto Pardo y el Yelcho.

—¿Y cómo es viajar en barco, mamá?

—Ay, mi amor. Es una aventura. Pero también es difícil. Hay un lugar, en el camino, que se llama paso Drake. Y es el mar más bravo del mundo entero.

—¿Más bravo que cuando vamos a la playa y hay olas grandes?

—Mil veces más bravo. Las olas pueden ser tan altas como una casa de cuatro pisos. ¡Más altas que nuestro edificio!

—¡Uy, mamá!



❄️ Capítulo 5 ❄️

El paso Drake



—Cuéntame del paso Drake, mami. ¿Te dio miedo?

—Un poquito la primera vez, mi amor. Pero los marinos chilenos sabemos cómo hacerlo. Te voy a contar.

—¡Cuenta!

—Cuando un buque sale de Punta Arenas hacia el Territorio Chileno Antártico, primero pasa por unos canales tranquilos. Pero después, cuando entra al

paso Drake, todo cambia. El barco empieza a moverse mucho. Para arriba, para abajo, para los lados. Las cosas se caen de las mesas. Por eso, en los buques, ponemos manteles especiales, pegajosos, para que los platos no se vuelen.

—¡Manteles pegajosos! ¡Qué gracioso!

—Y todo lo que está suelto, lo amarramos. Las sillas, los libros, las maletas. Todo, todo, todo. Porque si no, ¡sale volando!

—¿Y cómo saben por dónde ir?

—¡Buena pregunta, hijita! En el barco hay un lugar muy importante que se llama puente de mando. Ahí está el comandante y los oficiales. Tenemos unos mapas especiales que se llaman cartas náuticas. Son como mapas del mar, con las profundidades, las rocas, las corrientes. La Armada de Chile tiene un grupo de gente muy sabia, el SHOA, que dibuja estos mapas para que los barcos no se pierdan.

—¿Y miran las estrellas?

—Antes los marinos miraban las estrellas, sí. Ahora también usamos satélites, que son como estrellas hechas por las personas, allá arriba en el cielo, que nos dicen exactamente dónde estamos.



Capítulo 6



Los témpanos

—¿Y en el agua hay hielo, mamá?

—Mucho hielo, mi amor. Cuando el barco se acerca al Territorio Antártico, empiezan a aparecer los témpanos.

—¿Témpanos?

—Son montañas de hielo flotando. Algunos son chiquitos, como un auto. Otros son enormes, como un edificio. Y hay que tener mucho cuidado, porque debajo del agua son todavía más grandes.

—¿Como un iceberg?

—Igualito. Iceberg y témpano son lo mismo. Por eso los buques antárticos tienen un casco especial, reforzado, que aguanta los choques con el hielo.

—¿Y hay animalitos cerca?

—¡Muchísimos! En el océano austral viven las ballenas más grandes del mundo, las focas, los lobos marinos, y unos animalitos chiquititos chiquititos que se llaman krill. Y también los pingüinos, claro. Cuando el barco se acerca a las islas, los pingüinos vienen a la orilla, curiosos, a mirar.

—¡Yo quiero ver pingüinos!

—Algún día los vas a ver, mi amor. Te lo prometo.



Capítulo 7

Las casitas chilenas

—¿Y a dónde llegan los barcos?

—A las bases chilenas. Chile tiene varias casitas en el Territorio Antártico, donde viven los científicos como tu papá. Algunas son de la Armada, otras del Ejército, otras de la Fuerza Aérea, y otras del INACH.

—¿Qué es el INACH?

—Eso te lo contesto yo, hijita. El INACH es el Instituto Antártico Chileno. Es como mi oficina, pero más grande. Está en Punta Arenas, allá al sur. Y se encarga de juntar a todos los científicos de Chile que quieren estudiar el Territorio Antártico.

—¿Y todos van al hielo?

—Cada año, en verano, sale lo que se llama la Expedición Científica Antártica. Vamos cientos de científicos. Algunos estudian el hielo, como yo. Otros estudian a los pingüinos. Otros, a las ballenas.

Otros, las plantas chiquitas que crecen entre las piedras. Otros, las estrellas. Hay científicos para todo.

—¡Yo quiero ser científica!

—Vas a ser una gran científica, mi amor.



Capítulo 8

Un día de glaciólogo

—Papá, ¿qué haces todo el día allá?

—Te cuento un día normal, hijita. Me despierto temprano, cuando todavía está oscuro. Me pongo toda la ropa abrigada: tres pantalones, dos chaquetas, gorro, guantes, antiparras. Desayuno chocolate caliente, mucho. Y salgo con mis compañeros.

—¿Y caminan?

—Caminamos por el glaciar, amarrados con la cuerda. A veces vamos en moto de nieve, que es como una moto pero con esquís adelante. Llegamos al lugar donde queremos sacar el hielo. Hacemos un agujero con una máquina especial. Sacamos el hielo

en forma de palo largo, larguísimo. Y lo guardamos en cajitas con cuidado, porque ese hielo tiene los secretos.

—¿Y después?

—Volvemos a la base. Comemos algo caliente. Apuntamos en cuadernos todo lo que vimos. Llamamos por radio a la mamá para decirle que estoy bien.

—¡Por eso a veces suena la radio!

—Por eso, mi amor. Cuando suena, es papá hablándonos desde el sur.

—¿Y de noche?

—De noche, en verano, es raro. Porque el sol casi no se esconde. Hay luz casi todo el día. Pero igual nos metemos en nuestros sacos de dormir, porque hay que descansar para el día siguiente.



❄️ Capítulo 9 ❄️

El cuidado más importante



—Papá, ¿y por qué estudian el hielo? ¿Para qué sirve?

El papá se quedó callado un momento. Le acarició el pelo a Estela con mucho cariño.

—Mira, *hijita*. El hielo del Territorio Chileno Antártico es muy especial. Si se derrite todo, el mar sube, sube, sube, y muchas ciudades del mundo se inundarían.

—¿Como Valparaíso?

—Como Valparaíso, sí. Y como otras muchas. Por eso es tan importante saber si el hielo se está derritiendo, cuánto, y por qué. Los glaciólogos estudiamos eso para avisarle al mundo y cuidar el planeta.

—¿O sea que tu trabajo es cuidar la Tierra?

—Mi trabajo es cuidar la Tierra escuchando al hielo, hijita.

Estela se puso muy seria. Pensó un momento, con el ceño fruncido.

—Yo también quiero cuidar la Tierra, papá.

—Y la cuidas, mi amor. Cuando apagas la luz de tu pieza. Cuando no botas papeles en la calle. Cuando no abres mucho la canilla del agua. Eso también es cuidar la Tierra.

—¿De verdad?

—De verdad, amor. No hace falta ser grande para cuidar el planeta. Lo puedes hacer ya.



❄️ Capítulo 10 ❄️

La promesa de Estela

Era de noche. La maleta del papá estaba lista al lado de la puerta. Estela estaba en pijama, con los ojos un poquito caídos.

—Papá, mamá.

—Dime, hijita.

—Cuando yo sea grande, ¿me llevan al Territorio Chileno Antártico?

Los dos papás se miraron y sonrieron al mismo tiempo.

—Te llevamos, hijita. Y vas a ver el océano austral con tus propios ojos. Vas a ver los témpanos azules. Vas a ver los pingüinos. Vas a oler ese aire tan limpio que no existe en otra parte del mundo.

—Y vas a tocar el hielo, amor. Vas a sentir lo frío y lo viejo que es.

—Entonces yo prometo una cosa.

—¿Qué cosa, mi vida?

—Prometo aprender mucho. Prometo cuidar el planeta desde ahora. Y cuando sea grande, prometo ir al Territorio Chileno Antártico, igual que ustedes.

Y voy a estudiar el hielo, o las ballenas, o los pingüinos. Todavía no sé.

La mamá la abrazó fuerte. El papá le dio un beso en la frente.

—Estela, mi pequeña glacióloga. Esa es la mejor noticia que me llevo al sur.

La mamá la arropó con la frazada. Apagaron la luz. Pero antes de cerrar la puerta, Estela susurró bajito:

—Papá... cuídate. Y trae un secreto del hielo para mí.

El papá sonrió en la oscuridad.

—Te traigo el más bonito, hijita. Te lo prometo.

Y Estela soñó. Soñó con un buque chileno cruzando el océano austral, con olas gigantes y témpanos azules. Soñó con su papá caminando sobre un glaciar, amarrado con la cuerda, sacando un palito largo de hielo. Soñó con su mamá en el puente de mando del barco, mirando las cartas náuticas. Soñó con pingüinos chiquititos saludándola desde la orilla.

Y entendió, sin saber bien por qué, que ella ya era parte de esa historia. Una niña de cinco años en una casa de Chile, con dos papás que amaban el sur, y un Territorio Chileno Antártico que la esperaba para cuando creciera.



❄️ Epílogo ❄️

Para ti, pequeña curiosa

Querido niño, querida niña:

Estela es imaginaria, pero todo lo que aprendió de su papá y su mamá es verdad. En Chile hay muchos científicos y científicas que viajan cada verano al Territorio Chileno Antártico. Estudian el hielo, los pingüinos, las ballenas, las plantas, las estrellas, hasta los virus chiquititos. Trabajan en un instituto que se llama INACH y viven en bases chilenas en el continente blanco.

Para llegar allá cruzan el océano austral en buques de la Armada de Chile, pasando por el paso Drake, que es uno de los mares más bravos del planeta. Lo hacen con cartas náuticas dibujadas por el SHOA, con cascos reforzados, y con muchísima preparación.

El Territorio Chileno Antártico fue declarado parte de Chile el 6 de noviembre de 1940. Es nuestro. Y los científicos chilenos lo cuidan estudiándolo, porque cuando entendemos algo, lo cuidamos mejor.

Tú también puedes ser científico o científica algún día.

No importa si eres niña o niño. No importa si eres chiquito como Estela. Lo único que necesitas es lo que ella tiene de sobra: muchas, muchas preguntas



Ramón y el Buque del Sur

Las aventuras antárticas de un papá marino
Una historia a bordo del AP-45 «Piloto Pardo»
y del Territorio Chileno Antártico

⚓ Capítulo 1 ⚓

El cofre del papá



Ramón tenía siete años, los ojos curiosos, y un papá que era marino de la Armada de Chile. Vivían cerca del puerto, donde por la ventana se veían los barcos pasar como gigantes silenciosos.

Lo que más le gustaba a Ramón era cuando, los sábados por la noche, su papá abría el cofre de madera que guardaba debajo de la cama. Era un cofre viejo, con un ancla pintada en la tapa y el olor a sal pegado para siempre.

Adentro había tesoros: una gorra azul de la Armada, un pedacito de hielo guardado en un frasco, fotos en blanco y negro, una brújula que ya no funcionaba, y una bandera chilena pequeña, doblada con cuidado como si fuera una mariposa dormida.

—Papá —dijo Ramón esa noche, abrazando sus rodillas—, cuéntame de cuando navegabas en el Piloto Pardo.

El papá sonrió. Era una sonrisa especial, de las que aparecían solo cuando hablaba del sur. Se sentó al borde de la cama, tomó la gorra azul entre las manos, y se quedó un momento mirando la ventana, como si en vez de la calle pudiera ver el océano.

—El Piloto Pardo, mi Ramón... —dijo el papá despacito—. Ese barco fue mi segunda casa. Y el Territorio Chileno Antártico fue como una segunda patria. Si te cuento todo, vas a dormirte tarde.

—¡No me importa, papá! ¡Cuéntame!



Capítulo 2

Un barco con nombre de héroe

—Antes de contarte mis aventuras, Ramón, tienes que saber por qué nuestro barco se llamaba así. Porque un barco lleva el nombre de alguien para honrarlo. Y el nombre de nuestro buque era el de un héroe muy grande de Chile.

—¿Quién era?

—Se llamaba Luis Pardo Villalón. Era un Piloto 2° de la Armada de Chile. Hace más de cien años, en 1916, hizo algo que el mundo entero creía imposible. Rescató a veintidós exploradores ingleses que estaban atrapados en el hielo, en una isla solita llamada Isla Elefante, dentro del Territorio Chileno Antártico.

—¿Solos en el hielo? ¿Cómo llegaron ahí?

—Su barco, que se llamaba Endurance, se había hundido aplastado por los témpanos. El jefe, un explorador llamado Shackleton, logró pedir ayuda. Tres países mandaron barcos a rescatarlos. Tres veces volvieron sin poder llegar. El hielo era demasiado peligroso. Decían: «No se puede. Imposible».

—¿Y entonces?

—Entonces apareció el Piloto Pardo, con una escampavía vieja y chiquita llamada Yelcho. No tenía calefacción, no tenía radio moderna, no tenía nada. Pero el Piloto Pardo, antes de zarpar, le dijo a su tripulación una frase que después se hizo famosa en toda la Armada. Una frase que tu papá repite cada vez que las cosas se ponen difíciles.

—¿Qué frase, papá?

El papá lo miró fijo. Puso la gorra azul sobre la cabeza de Ramón, que le quedaba enorme, y dijo con voz firme:

«Un marino de la Armada de Chile no se rinde».

—¿No se rinde nunca?

—Nunca, Ramón. Aunque haya tormenta. Aunque las olas sean gigantes. Aunque otros digan que es imposible. Un marino chileno sigue adelante. Y el Piloto Pardo lo demostró: rescató a los veintidós ingleses en el primer intento. Cuando los vio aparecer entre la niebla, Shackleton los contó uno por uno y dijo: «Están todos. No falta ninguno».

—¡Era un héroe, papá!

—Era un héroe tranquilo, Ramón. De los que hablan poco. Cuando volvió a Punta Arenas, miles de personas lo esperaban en el muelle. Bajó del barco

con la gorra en la mano, casi avergonzado, diciendo que solo había hecho su deber. Por eso, cuando años después la Armada construyó un buque grande y fuerte para servir en el Territorio Chileno Antártico, le pusieron su nombre. Para que su valentía siguiera navegando el mar.



Capítulo 3

El AP-45

—Cuéntame del barco, papá. ¡De tu barco!

Los ojos del papá se iluminaron como dos faros.

—El AP-45 Piloto Pardo era un buque hermoso, Ramón. Lo construyeron en Holanda en 1957, especialmente reforzado para navegar entre los hielos del Territorio Chileno Antártico. Llegó a Chile en 1959, y desde entonces, durante casi cuarenta años, hizo treinta y nueve campañas antárticas. ¡Treinta y nueve! Verano tras verano, e incluso una vez en pleno invierno.

—¿Era muy grande?

—Para mí era enorme. Tenía dotación de ochenta y siete tripulantes, llevaba dos helicópteros chiquitos en la cubierta, y su casco era reforzado para no

romperse contra el hielo. Era el buque antártico de la Armada de Chile. Su trabajo: llevar comida, materiales y hombres a las bases chilenas en nuestro Territorio Antártico.

—¿Y tú qué hacías ahí, papá?

—Yo era parte de la tripulación. Hacíamos de todo, Ramón. Cuidábamos el barco, vigilábamos las máquinas, apoyábamos a los científicos que viajaban con nosotros, ayudábamos a desembarcar las cajas y los equipos en las bases. Y cuando se necesitaba, salíamos a rescatar.

—¿A rescatar a quién, papá?

—A quien necesitara. A barcos varados, a aviones perdidos, a marinos enfermos. El Piloto Pardo siguió la tradición del Yelcho: ayudar al que estuviera en problemas, fuera de Chile o de cualquier otro país. Porque, recuerda bien esto, hijo:

«Un marino de la Armada de Chile no se rinde».



Capítulo 4

El paso Drake

—¿Y cómo era llegar al Territorio Chileno Antártico, papá?

El papá hizo una pausa. Miró el frasquito de hielo derretido sobre la mesa de luz, y respiró profundo, como preparándose.

—*Para llegar al Territorio Antártico, Ramón, hay que cruzar el lugar más bravo del mundo. Se llama el paso Drake. Es donde se juntan dos océanos, y las olas pueden alcanzar doce metros de altura. ¡Doce metros! Imagínate: como un edificio de cuatro pisos cayendo sobre tu cabeza.*

—¡Uy, papá!

—*La primera vez que lo crucé tenía un poco de miedo, no te voy a mentir. El barco se mecía como una cuna loca. Las cosas se caían de las mesas. Algunos tripulantes se mareaban. Pero el comandante decía: «Tranquilos, muchachos. El Piloto Pardo está hecho para esto. Y nosotros somos marinos chilenos. Aquí no nos rendimos».*

—¿Y tú no te rendiste?

—Nunca, hijo. Aprendí algo muy importante en esos cruces: el miedo es como una ola. Viene, te empuja, y si te sostienes firme, pasa. Después del segundo o tercer viaje, ya no me importaban las olas. Sabía que el casco era fuerte, sabía que mis compañeros eran buenos, y sabía que del otro lado del paso Drake nos esperaba algo tan bonito que valía la pena cualquier sacudón.

—¿Qué cosa tan bonita?

—El silencio blanco, Ramón. Nuestro Territorio Chileno Antártico.



Capítulo 5

El silencio blanco

El papá cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, parecía estar viendo algo muy lejos.

—Cuando el Piloto Pardo cruzaba el paso Drake y entraba a aguas del Territorio Antártico, todo cambiaba. El mar se ponía calmo. El aire se volvía tan limpio que dolía respirarlo. Y aparecían los témpanos.

—¿Cómo eran los témpanos, papá?

—Los témpanos son montañas de hielo flotando, Ramón. Algunos eran tan grandes como un estadio. Otros tenían formas raras: cuevas, arcos, agujas. Y el color... ay, el color. Tienen azules que no existen en ninguna otra parte del mundo. Azules que parecen brillar desde adentro.

Ramón abrió mucho la boca. Le costaba imaginarlo.

—Y los animales, papá. ¡Cuéntame de los animales!

—¡Ay, los animales! Los pingüinos eran nuestros mejores amigos. Cuando bajábamos a tierra, se acercaban curiosos, sin miedo. A veces caminaban junto a nosotros como si fueran nuestros guías. Las focas dormían panza arriba en el hielo, gordas y felices. Y las ballenas... las ballenas pasaban al lado del barco, soplando chorros de agua al cielo. Una vez una ballena jorobada saltó tan cerca del Piloto Pardo que nos mojó a todos los que estábamos en cubierta. ¡Y nos pusimos a aplaudir como niños!

—¡Yo quiero ver una ballena saltar, papá!

—Algún día la verás, Ramón. Te lo prometo.



Capítulo 6

Las casitas de Chile en el hielo

—¿Y a dónde llevaban las cosas, papá?

—A las bases chilenas, hijo. Chile tiene varias casitas en el Territorio Antártico. La más antigua es la Base Naval Antártica Capitán Arturo Prat, fundada por la Armada en 1947.

—¿Y por qué se construyó?

—Porque pocos años antes, el 6 de noviembre de 1940, el presidente Pedro Aguirre Cerda firmó el Decreto 1747. Ese papel decía algo así: «Todas estas tierras, islas, glaciares y mares al sur, entre los meridianos 53° y 90° oeste, son el Territorio Chileno Antártico, y los vamos a cuidar para siempre».

—¿Y desde ese día son nuestros?

—Están bajo nuestra responsabilidad. Y los marinos de la Armada fuimos los primeros en llegar a hacer presente la patria. En enero de 1947, dos barcos zarparon desde Valparaíso: la fragata Iquique y el transporte Angamos. Al año siguiente, el presidente Gabriel González Videla viajó hasta allá personalmente para inaugurar la base. ¡Imagínate! El presidente de Chile pisó el hielo del Territorio Antártico Chileno.

—¿Y el Piloto Pardo iba a las bases?

—Cada año, hijo. El AP-45 era el principal barco de apoyo. Llevaba comida, combustible, materiales para reparar las casitas, instrumentos científicos, y los relevos.

—¿Qué son los relevos?

—Son los nuevos hombres y mujeres que iban a quedarse a vivir en las bases todo el año. Y nosotros traíamos de vuelta a los que llevaban un año entero en el hielo. Algunos lloraban de alegría al subir al Piloto Pardo. Vivir un invierno entero en el Territorio Chileno Antártico, Ramón, eso sí que es un acto de servicio a la patria.



⚓ Capítulo 7 ⚓

El rescate del Lindblad



—Papá, ¿alguna vez rescataste a alguien en el Piloto Pardo?

El papá asintió despacio. Tomó el frasquito con el hielo derretido y se lo puso en la mano a Ramón.

—El Piloto Pardo hizo el rescate más grande de toda la historia de la Antártica, Ramón. Yo era muy joven entonces, recién embarcado, y nunca lo voy a olvidar.

—¡Cuenta, papá!

—Era el 11 de febrero de 1972. Un barco de turismo noruego llamado Lindblad Explorer encalló en una bahía llamada Almirantazgo, en la isla Rey Jorge, en pleno Territorio Chileno Antártico. A bordo iban 172 personas: 104 turistas y 68 tripulantes. El barco estaba dañado y se podía hundir en cualquier momento. Pidieron auxilio.

—¿Y ustedes fueron?

—A toda máquina, hijo. El Piloto Pardo y otro buque chileno llamado Yelcho —sí, igualito que el del Piloto Pardo original, en honor a aquella hazaña— acudieron juntos al rescate. Cuando llegamos, vimos a los pasajeros en cubierta, asustados, abrigados con cualquier cosa que habían encontrado, mirándonos llegar como si fuéramos sus ángeles.

—¿Y qué hicieron?

—Trabajamos día y noche. Bajamos los botes, fuimos llevando a los turistas en grupos, primero a los niños y los mayores, después al resto. El comandante decía: «Tranquilos. Calma. No se queda nadie atrás». Era exactamente lo mismo que había dicho el Piloto Pardo original cincuenta y seis años antes, en estas mismas aguas. Porque los marinos chilenos siempre, siempre, repetimos lo mismo:

«Un marino de la Armada de Chile no se rinde».

—¿Los salvaron a todos?

—A los 172, Ramón. A todos. No faltó ninguno. Y cuando volvimos a Punta Arenas con ellos a salvo, los noruegos nos abrazaban llorando. Algunos turistas eran abuelitos, otros eran niños. Una niñita rubia me regaló un dibujo del Piloto Pardo. Lo guardo en el cofre, ¿quieres verlo?

Ramón asintió emocionado. Su papá sacó del cofre un papel amarillento, doblado con cuidado. Era el dibujo de un barco gris con la bandera chilena, hecho con lápices de colores temblorosos. Abajo decía: «Tusen takk», que en noruego quiere decir muchas gracias.



Capítulo 8

La noche brava

El papá guardó el dibujo con mucho cuidado. Después se quedó un rato callado, y Ramón sintió que esa noche tenía algo más para contar. Algo más serio.

—Hubo otra misión que nunca voy a olvidar, Ramón. Una noche brava, de las que ponen a prueba a los marinos.

—¿Qué pasó, papá?

—En 1982, dos países lejanos, Argentina y el Reino Unido, se pusieron a pelear en una guerra. Un barco argentino muy grande llamado General Belgrano fue hundido en el mar. Cientos de marinos quedaron flotando en balsas, en el océano helado, en medio de una tormenta espantosa.

—¡Qué pena, papá!

—Mucha pena, hijo. Y aunque Chile no estaba en esa guerra, el Piloto Pardo recibió una orden: salir a buscar a los náufragos. Porque eso es lo que hacen los marinos chilenos: ayudan al que está en problemas, sin importar la bandera.

—¿Y fueron?

—Salimos enseguida, hijo. Las olas eran terribles, los vientos te tiraban al suelo. Algunos tripulantes tenían miedo. Pero el comandante nos miró y nos dijo lo de siempre:

«Un marino de la Armada de Chile no se rinde».

—¿Y encontraron a los náufragos?

—Encontramos balsas, Ramón. Hicimos lo que pudimos. Los argentinos, después, agradecieron al Piloto Pardo por haber estado ahí. Esa noche aprendí algo muy importante: el mar no entiende de banderas. El mar solo entiende de corazones que se ayudan.



Capítulo 9

La emoción antártica

La noche estaba más quieta. Por la ventana se veían las luces de los barcos del puerto. Ramón se acurrucó debajo de las sábanas, pero no quería dormirse. No todavía.

—Papá, ¿qué se siente estar en el Territorio Chileno Antártico?

El papá lo pensó un momento. Acarició la cabeza de Ramón despacio.

—Hay un señor sabio llamado Óscar Pinochet de la Barra que escribió un libro sobre la Antártica. El último capítulo lo tituló «Emoción antártica». Y describió exactamente lo que yo sentí, Ramón.

—¿Qué se siente?

—Se siente que el mundo es más grande y a la vez más pequeño. Se siente respeto. Se siente silencio, pero un silencio que está lleno. Se siente que uno es muy chiquito al lado de las montañas de hielo, pero al mismo tiempo importante, porque está ahí, porque su país lo mandó, porque está cuidando un pedacito de patria que nadie más cuidaría si nosotros no fuéramos.

—¿Y se siente algo en el corazón?

—Se siente como si el corazón se llenara de blanco, hijo. Como si una parte de uno se quedara para siempre en el Territorio Chileno Antártico. Por eso los marinos antárticos somos un poco diferentes. Hablamos despacio, miramos lejos, y siempre, siempre, queremos volver al sur.



Capítulo 10

La promesa de Ramón

—Papá.

—Dime, hijo.

—Cuando yo sea grande, ¿puedo ir al Territorio Chileno Antártico?

El papá lo miró con una sonrisa que tenía un poquito de orgullo y un poquito de nostalgia.

—Puedes ir, Ramón. Puedes ser marino como yo, o científico, o explorador, o simplemente un visitante con mucho respeto. El Territorio Chileno Antártico es de todos los chilenos. Es nuestro. Y nos espera.

—Entonces te prometo dos cosas, papá.

—¿Cuáles?

—Te prometo que voy a cuidar nuestro Territorio Antártico. Voy a aprender mucho de él en el colegio. Y cuando sea grande, voy a ir, y voy a llevar tu gorra. Y voy a contarle a mis hijos las aventuras del Piloto Pardo, igual que tú me las cuentas a mí.

—¿Y la segunda promesa?

Ramón se puso muy serio. Tomó la gorra azul de la Armada con sus dos manitos, se la puso en el pecho, y dijo despacito, como si estuviera diciendo un juramento muy importante:

«Yo, Ramón, prometo que nunca me voy a rendir. Porque un marino de la Armada de Chile no se rinde».

El papá no dijo nada. Pero Ramón vio que en sus ojos había una lagrimita pequeñita, brillante, como un diamante de hielo.

—Ramón —dijo al fin, con la voz ronca—, esa es la promesa más bonita que me han hecho en la vida.

Lo abrazó fuerte. Le dio un beso en la frente. Apagó la luz.

Y antes de cerrar la puerta, susurró:

—Buenas noches, mi pequeño marino. Sueña con el sur.

Y Ramón soñó. Soñó con el AP-45 Piloto Pardo cruzando el paso Drake. Soñó con las ballenas saltando, los

pingüinos caminando, los témpanos azules del Territorio Chileno Antártico. Soñó con su papá joven, en la cubierta del barco, mirando el horizonte blanco.

Y entendió, por primera vez, que la historia de Chile en su Territorio Antártico era la historia de su familia. Era su historia. Y que él también, algún día, aunque las olas fueran grandes, recordaría siempre las palabras de su papá:

«Un marino de la Armada de Chile no se rinde».



Epílogo

Para ti, pequeño marino

Querido niño, querida niña:

Ramón es un personaje imaginario, pero todo lo demás de este cuento es verdad. El AP-45 Piloto Pardo existió: construido en Holanda en 1957, sirvió a Chile desde 1959 hasta 1997, e hizo treinta y nueve campañas antárticas llevando hombres, comida y esperanza al Territorio Chileno Antártico.

El Territorio Chileno Antártico también es real. Fue declarado oficialmente por el presidente Pedro Aguirre Cerda el 6 de noviembre de 1940, mediante el Decreto Supremo N° 1747. Ese pedacito blanco al final del mapa de Chile es tan chileno como tu plaza, tu colegio o tu pieza.

El rescate del Lindblad Explorer en 1972 fue real: 172 personas salvadas. La búsqueda de naufragos del Belgrano en 1982 también fue real. Y Luis Pardo Villalón salvó de verdad a 22 hombres en 1916, en Isla Elefante.

Hoy el AP-45 ya no navega para la Armada. Pero su recuerdo sigue vivo en cada marino chileno que cruza el paso Drake, y en cada niño que aprende esta frase:

«Un marino de la Armada de Chile no se rinde».

Esa frase no es solo para los marinos. Es para ti. Cuando algo te cueste, cuando tengas miedo, cuando una tarea parezca imposible, recuerda al Piloto Pardo cruzando los hielos. Recuerda que un chileno valiente nunca se rinde.

Así la proa, pequeño marino.

Chile, al sur, limita con el polo.



El Abrazo que Cruzó el Mar

*Una historia de Pablo, Gustavo y un papá que
viajó al fin del mundo*



Capítulo 1

La promesa del muelle



Pablo y Gustavo eran gemelos. Tan iguales, que a veces hasta su mamá los confundía. Tenían siete años, el pelo negro como la noche y los ojos brillantes como dos estrellas chiquititas.

Vivían en Punta Arenas, una ciudad austral de Chile, donde el viento sopla fuerte y las nubes corren rápido por el cielo.

Un día, hace muchos meses atrás, los hermanos fueron al muelle con su mamá. Allí, frente al mar, estaba un barco enorme, gris y silencioso. Se llamaba Aquiles, el AP-41 de la Armada de Chile.

—¡Es gigante! —dijo Pablo, abriendo mucho los ojos.

—¡Más grande que nuestra casa! —dijo Gustavo.

Su papá, vestido con su uniforme rojo y negro de oficial del Ejército de Chile Antártico, se agachó para mirarlos a los ojos. Tenía la mochila al hombro y una mirada que mezclaba alegría y un poquito de tristeza.

—Mis pequeños héroes —les dijo—, papá se va a un lugar muy lejano. Voy a la Antártica, al continente blanco, a servir a nuestra patria por un año entero.

—¿Un año? —preguntó Pablo, con la voz tembleque.

—Eso es muchísimo —dijo Gustavo, y se le escapó una lágrima.

Su papá los abrazó fuerte, fuerte. Olía a abrigo limpio y a aventura.

—Les prometo dos cosas —susurró—. Primero: que cada noche miraré las mismas estrellas que ustedes. Y segundo: que volveré en este mismo barco, el Aquiles, para abrazarlos otra vez.

Y así, mientras el viento patagónico les revolvía el pelo, Pablo y Gustavo vieron a su papá subir por la pasarela del barco, hasta que se hizo chiquitito como un soldadito de juguete.



Capítulo 2

Un año mirando al sur

Los meses pasaron despacito, como caracoles paseando.

En la sala de la casa, mamá colgó un mapa enorme. Pablo y Gustavo lo miraban todos los días antes de ir al colegio. En el mapa había una línea roja que cruzaba el mar y llegaba hasta una tierra blanca, blanquita.

—Allá está papá —decía Gustavo, apuntando con el dedo.

—En la Base Bernardo O'Higgins —agregaba Pablo, con voz seria, porque le gustaba decir nombres importantes.

Su mamá les explicó que la Antártica era parte de Chile, que se llamaba Territorio Chileno Antártico, y que muchos hombres y mujeres valientes vivían allá para cuidarlo y estudiarlo.

De vez en cuando llegaba una carta, o una llamada cortita, con la voz de papá medio cortada por el viento del fin del mundo.

—¡Hola, mis campeones! —decía—. Hoy hubo un viento blanco tan fuerte que no se veía nada. ¡Pero estamos bien! Aquí los soldados nos cuidamos como hermanos.

Pablo y Gustavo apretaban el teléfono fuerte, como si pudieran abrazar a su papá a través del cable.



Capítulo 3

¡Llega el Aquiles!

Una mañana de primavera, mamá entró corriendo a la pieza.

—¡Niños, despierten! ¡Hoy vuelve papá! ¡El Aquiles llega al puerto!

Pablo saltó de la cama tan rápido que se enredó con las sábanas. Gustavo ya estaba poniéndose los calcetines al revés, sin darse cuenta.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritaban los dos.

En el muelle de Punta Arenas había muchísima gente. Familias con globos, banderas chilenas que ondeaban con el viento, perritos que ladraban contentos.

Y entonces, allá lejos, en el horizonte, apareció una silueta gris.

—¡Es el barco! ¡Es el Aquiles! —gritó Gustavo, parándose en puntitas.

El gran AP-41 se acercaba despacito, majestuoso, como un guardián del mar. Cuando atracó, sonó una sirena larga, larga, que les hizo cosquillas en el corazón.

Y entonces lo vieron.

Bajaba por la pasarela, con su mochila al hombro, el rostro un poco más curtido por el frío, pero con la misma sonrisa de siempre.

—¡PAPÁÁÁÁ! —gritaron Pablo y Gustavo a la vez, y salieron corriendo.

Su papá se arrodilló y los abrazó a los dos al mismo tiempo, fortísimo, como si quisiera recuperar todos los abrazos del año entero. Y ahí, en ese abrazo, los tres lloraron y rieron al mismo tiempo.



Capítulo 4

Cuentos del continente blanco

Esa noche, en la casa, hicieron una cena especial. Había sopaipillas, chocolate caliente y muchas, muchas preguntas.

—Papá, ¿cómo es la Antártica? —preguntó Pablo, con los ojos como platos.

Su papá se acomodó en el sillón, con un gemelo a cada lado, y empezó a contar.

—La Antártica, mis hijos, es el lugar más blanco que existe. Imagínense un mundo donde todo, todo, está cubierto de hielo y nieve. Hay montañas que parecen catedrales de cristal, glaciares más grandes que ciudades enteras y un mar tan azul que parece pintado.

—¿Y cómo llegaste? —preguntó Gustavo.

—En el Aquiles, el mismo barco en el que volví. Cruzamos el paso Drake, que es uno de los mares más bravos del mundo. Las olas eran tan grandes como casas, y el barco subía y bajaba como un caballito de madera. Pero la Armada de Chile sabe navegar esas aguas mejor que nadie.

—¿Y la Base, papá? ¿Cómo era la Base Bernardo O'Higgins? —insistió Pablo.

—Ah... la Base es como una casita roja en medio del hielo. Allí vivimos un grupo de soldados del Ejército de Chile, cuidando nuestra tierra antártica. Está sobre una roca, en la Tierra de O'Higgins. Lleva el nombre de don Bernardo O'Higgins, nuestro Padre de la Patria, porque él fue el primero que soñó que Chile llegara hasta la Antártica.

Los gemelos se miraron, impresionados. Su papá había vivido en una casita roja, en el lugar más austral del mundo.



Capítulo 5

El viento que ruge

—¿Y hacía mucho frío? —preguntó Gustavo, abrazándose a sí mismo solo de pensarlo.

—Frío como nunca antes —contestó papá, sonriendo—. A veces el termómetro marcaba treinta grados bajo cero. Si dejabas un vaso con agua afuera, en pocos segundos se convertía en hielo.

—¡Guauu! —dijeron los gemelos al mismo tiempo.

—Pero lo más impresionante —siguió papá, bajando la voz como cuando contaba historias de misterio—

era el viento. La meteorología antártica es implacable, niños. Eso significa que no perdona.

—¿Implacable? —preguntó Pablo.

—Quiere decir que cuando el clima se enoja, hay que respetarlo. A veces venía el viento blanco, que es una tormenta de nieve tan espesa que no puedes ver tu propia mano. Si te perdías por unos pasos, podías no encontrar el camino de vuelta.

Pablo y Gustavo se acurrucaron más cerca de papá.

—Por eso, en la Antártica, nadie camina solo. Siempre vamos en grupo, atados con cuerdas como montañistas, cuidándonos los unos a los otros. Allá aprendí, mis amores, que la amistad es lo más importante. En el frío del mundo, lo que te calienta de verdad es saber que tu compañero está cuidando tu espalda.

Los gemelos se miraron y sonrieron. Ellos también siempre se cuidaban el uno al otro.



Capítulo 6

Pingüinos, focas y un cielo de colores



—Cuéntanos algo bonito, papá —pidió Gustavo, ya con sueño.

—Bueno... ¿les conté de los pingüinos?

—¡NO! —gritaron los dos, despertándose de golpe.

—Hay miles. Pingüinos papúa, de barbijo, Adelia. Caminan en filas, como soldaditos chiquitos. Y cuando se tiran al agua, ¡zas!, se vuelven veloces como flechas. También vi focas durmiendo sobre los témpanos, y una vez, a lo lejos, una ballena saltó tan alto que parecía querer tocar el cielo.

—¿Y hay día y noche? —preguntó Pablo.

—Esa es otra magia. En verano, el sol no se esconde nunca. Puedes jugar a la pelota a medianoche y todo está iluminado. Pero en invierno... en invierno la noche dura meses. Y entonces aparece algo que jamás olvidaré: la aurora austral. Son luces verdes, rosadas y violetas que bailan en el cielo como si fueran cintas mágicas.

Los gemelos cerraron los ojos y se imaginaron el cielo bailando. Y sintieron que, aunque no habían estado allá, su papá les había regalado un pedacito de Antártica para guardar en el corazón.



Capítulo 7

Una promesa para toda la vida

Antes de irse a la cama, Pablo le hizo una pregunta importante:

—Papá... ¿por qué te fuiste tan lejos por tanto tiempo?

Su papá lo pensó un ratito. Después los miró a los dos.

—Porque la Antártica es nuestra, hijos. Es de Chile. Hace muchos, muchos años, hombres valientes plantaron nuestra bandera allá y dijeron: «este pedazo de tierra blanca también es nuestra patria». Y desde entonces, siempre hay chilenos cuidándola. Cuando me tocó a mí, dije que sí, aunque me doliera dejarlos. Porque servir a la patria es también cuidar el futuro de ustedes.

—¿Y volverías? —preguntó Gustavo, bajito.

—Volvería —dijo papá—, pero ahora me toca estar aquí, con ustedes. Y quiero enseñarles algo: la Antártica no es solo hielo. Es historia, es esfuerzo, es amistad, es nuestra bandera flameando en el lugar más al sur del mundo. Y un día, si ustedes quieren, también podrán ir a conocerla.

—¿En el Aquiles? —preguntó Pablo, ilusionado.

*—En el Aquiles, o en otro barco, o quizás volando.
Pero lo importante no es cómo se llega... sino
entender por qué ese lugar es importante para todos
los chilenos.*

Esa noche, los gemelos se durmieron abrazados a su papá, soñando con pingüinos, con barcos grises, con cielos pintados de colores y con una casita roja al fin del mundo.

Y antes de cerrar los ojos del todo, Gustavo le susurró a Pablo:

—Cuando seamos grandes, vamos los dos.

—Los dos —contestó Pablo—. Como papá.



FIN



¿Sabías que...?

Datos curiosos sobre la Antártica chilena

 El Territorio Chileno Antártico es la parte de la Antártica que pertenece a Chile. Lo administra la Región de Magallanes y de la Antártica Chilena.

 La Base Bernardo O'Higgins fue inaugurada en 1948 y pertenece al Ejército de Chile.

 El AP-41 «Aguiles» es un buque de transporte de la Armada de Chile que viaja cada año a la Antártica llevando víveres, equipos y al personal que cumple turno en las bases.

 El «viento blanco» es una tormenta de nieve tan fuerte que no se puede ver nada alrededor. Por eso en la Antártica nadie sale solo cuando hay mal tiempo.

 Los pingüinos son los habitantes más simpáticos del continente blanco. En la Antártica viven pingüinos papúa, de barbijo y Adelia.

 La aurora austral es un fenómeno luminoso que pinta el cielo del sur con colores verdes, rosados y violetas. Solo se puede ver en lugares muy cercanos al Polo Sur.

 Bernardo O'Higgins fue el primer chileno en imaginar, allá por 1831, que la Antártica también debía ser parte de Chile. Por eso una base lleva su nombre.



EPÍLOGO



El abrazo final

Una despedida que no es despedida



Querido niño, querida niña que llegas hasta aquí:

Si llegaste hasta esta página, quiere decir que ya conoces a Pipo, a Agustina, a Florencia, a Estela, a Pablo y Gustavo, a Ramón. Quiere decir que ya navegaste con el Yelcho, que ya cruzaste el paso Drake, que ya viste con los ojos del corazón los témpanos azules y las casitas rojas de las bases chilenas. Quiere decir que ya escuchaste la voz del Piloto Pardo diciendo que no se rinde, y la del presidente Aguirre Cerda firmando aquel papel tan importante.

Pero antes de cerrar este libro, quiero contarte algo que tal vez todavía no sabías.

Todo lo que leíste es verdad.

Pipo y Agustina son personajes de cuento, sí. Pero el continente blanco es real. El Piloto Pardo existió, y su rescate fue tan valiente como te lo contamos. Las bases chilenas están ahí ahora mismo, con sus paredes de colores, recibiendo a los científicos del INACH cada

verano. Los buques de la Armada siguen navegando hacia el sur. Los aviones siguen aterrizando en pistas de hielo. Y los pingüinos —¡los pingüinos de verdad!— todavía caminan en filita por la nieve, igual que en los cuentos.

Esto es lo más bonito de Chile, mi pequeño lector, mi pequeña lectora: nuestro país no termina donde termina el mapa que dibujan en el colegio. Nuestro país tiene un corazón más grande, que llega hasta el polo. Por eso decimos que Chile es un país antártico. Por eso decimos que Chile, al sur, limita con el polo.

Y por eso, aunque tú vivas en una ciudad llena de autos, en un campito con árboles, en una casa cerca del mar o en un departamento con vista a la cordillera, una parte de la Antártica también es tuya. Aunque nunca hayas pisado el hielo. Aunque no sepas nadar. Aunque seas chiquito todavía. Es tuya. Es de tu hermano, de tu prima, de tu vecino, de tu profesora. Es de todos los chilenos y chilenas. Y hay que cuidarla.

¿Y cómo se cuida un lugar tan lejano?

Se cuida así:

Aprendiendo de él, como hiciste hoy al leer este libro. Contándole a los demás lo que aprendiste, igual que te lo contamos a ti. Cuidando el agua cuando te lavas los dientes, porque cada gota cuenta. No tirando basura en la calle, porque toda basura termina —de alguna manera— en el mar. Apagando la luz cuando salgas de tu

pieza, porque cada luz prendida hace que el planeta se caliente un poquito más, y cuando el planeta se calienta, el hielo del sur se derrite. Y nosotros queremos que el hielo siga ahí, brillando, con sus pingüinos, con sus ballenas, con sus secretos atrapados en burbujitas de aire de hace miles de años.

Tal vez algún día tú también vas a viajar al sur. Tal vez vas a subirte a un buque de la Armada, o a un avión chiquitito que aterriza sobre la nieve. Tal vez vas a ser glacióloga y vas a sacar pedazos de hielo larguísimos para leer su historia. Tal vez vas a ser biólogo marino y vas a estudiar a las ballenas. Tal vez vas a ser piloto, marino, periodista, fotógrafa, médico, ingeniero, profesora. Tal vez vas a ser historiador antártico y vas a contar todas estas historias a los niños del futuro.

O tal vez no vas a ir nunca. Y también está bien.

Porque el continente blanco no necesita que todos lo pisemos. Necesita que todos lo amemos. Y eso —amar un lugar aunque esté lejos, cuidarlo aunque no se pueda tocar, defenderlo con palabras como hizo el profesor Escudero— eso también es ser un explorador.

Cierra el libro. Ve a la ventana. Mira el cielo.

Si es de noche, busca las estrellas más al sur. Una de ellas, la más brillante, brilla justo encima del Territorio Chileno Antártico. Esa estrella te está mirando. Y los pingüinos, allá lejos, también la están mirando. Y los marinos en sus buques. Y los científicos en sus bases. Y

los niños como tú, que viven en Punta Arenas, en Puerto Williams, en lugares donde el viento sopla fuerte.

Todos, todos, mirando la misma estrella.

Esa estrella es la Antártica.

Esa estrella es Chile.

Y ahora, también, esa estrella eres tú.

Sigue preguntando, pequeña curiosa.

Así la proa, pequeño explorador.

Chile, al sur, limita con el polo.

*Y nosotros, gracias a ti, llegaremos siempre
un poquito más lejos.*



Léelo despacio. No tengas apuro. Cierra los ojos a veces e imagínate ahí, con la nieve crujiendo bajo los pies, con el viento helado pegándote en la cara, con un pingüino mirándote curioso desde una roca.

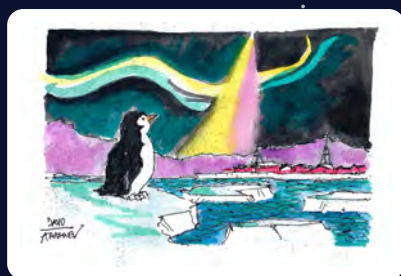
Porque hay personas que dicen —y es verdad— que cuando uno conoce la Antártica, aunque sea solo en un cuento, algo le pasa al corazón. Es como si una estrellita azul se quedara prendida adentro, latiendo. A esa sensación los exploradores la llaman emoción antártica.

Y yo te aseguro, pequeño lector, pequeña lectora, que al terminar este libro, tú también la vas a sentir.

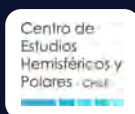
Así la proa, pequeño explorador.

Así la proa, pequeña curiosa.

Vamos a la Antártica juntos.



AUSPICIAN Y COLABORAN



FUNDACIÓN
COALICIÓN
DE JÓVENES
ANTÁRTICOS
PUNTA ARENAS



ISBN: 978-956-03-0482-7



9 789560 304827